

XV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXX Jornadas de Investigación. XIX Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. V Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional V Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2023.

La voz y la presencia del analista.

Belaustegui Goitia, Victoria Cecilia.

Cita:

Belaustegui Goitia, Victoria Cecilia (2023). *La voz y la presencia del analista*. XV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXX Jornadas de Investigación. XIX Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. V Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional V Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-009/324>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ebes/Xay>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

LA VOZ Y LA PRESENCIA DEL ANALISTA

Belaustegui Goitia, Victoria Cecilia
Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires, Argentina.

RESUMEN

En este trabajo nos interesará recorrer una arista, que despunta en los primeros escritos Freudianos acerca de la hipnosis: la presencia de la voz del analista -o del médico en estas épocas- en la cura. Allí observaremos, de manera privilegiada, cómo Freud construye la técnica de la hipnosis alrededor de tres elementos: la palabra, la voz y la autoridad del médico. Podríamos decir que es una de las formas del “pecado original” (Lacan, 1964) del psicoanálisis Freudiano. Con esta expresión, Lacan nos invita a pensar en el deseo del “sujeto Freud”, puesto en juego en el origen del dispositivo, de manera fundante, y por tanto, inevitable. Y en este mismo seminario, el 11, el psicoanalista francés abordará la “presencia del analista” desde la vertiente del objeto *a*. De esta manera, nos resulta posible plantear que el objeto voz pueda ser una de las formas de la presencia del analista. A partir de allí, nos preguntamos por su recorrido, sus avatares y su destino en la experiencia analítica. Dos interrogantes guiarán nuestro planteo: ¿qué hace el analista con su presencia en tanto voz? ¿Cómo opera con ello al final del análisis?

Palabras clave

Voz - Analista - Presencia - Fin de análisis

ABSTRACT

THE VOICE AND PRESENCE OF THE ANALYST

In this work we will be interested in going through an edge, which stands out in the first Freudian writings about hypnosis: the presence of the voice of the analyst -or the doctor in these times- in the cure. There we will observe, in a privileged way, how Freud builds the technique of hypnosis around three elements: the word, the voice and the authority of the doctor. We could say that it is one of the forms of “original sin” (Lacan, 1964) of Freudian psychoanalysis. With this expression, Lacan invites us to think about the desire of the “Freud subject”, put into play at the origin of the device, in a foundational, and therefore, inevitable way. And in this same seminar, the 11th, the French psychoanalyst will approach the “presence of the analyst” from the side of object *A*. In this way, it is possible for us to propose that the voice object can be one of the forms of the presence of the analyst. From there, we ask ourselves about their journey, their avatars and their destination in the analytical experience. Two questions will guide our question: what does the analyst do with his presence as a voice? How do you deal with it at the end of the analysis?

Keywords

Voice - Analyst - Presence - End of analysis

Introducción

La cuestión de la posición del analista no es unívoca. Si bien desde sus inicios Lacan habla de ello, el recorrido conceptual que realiza al respecto es amplio y heterogéneo. Sus devenires, por caso hacia el deseo del analista como al discurso del analista lo testimonian. Sin embargo, creemos que tales destinos no implican una *Aufhebung* hegeliana. Cada una de estas formulaciones -posición, lugar, presencia, deseo, discurso- del analista conservan su particularidad; será en todo caso un desafío teórico elucidar conexiones, continuidades y discontinuidades entre ellas.

En este trabajo nos interesará recorrer una arista, que despunta en los primeros escritos Freudianos acerca de la hipnosis: la presencia de la voz del analista -o del médico en estas épocas- en la cura. Una referencia que podemos tomar al respecto es el escrito de 1890 “Tratamiento psíquico (tratamiento del alma)”. Allí observaremos, de manera privilegiada, cómo Freud construye la técnica de la hipnosis alrededor de tres elementos: la palabra, la voz y la autoridad del médico. Nada menos.

Si bien sabemos que Freud abandonará la hipnosis, no resulta del todo claro que el método catártico -que toma su lugar de ahí en más- se halle completamente depurado de tales vestigios. Podríamos decir que es una de las formas del “pecado original” (Lacan, 1964) del psicoanálisis Freudiano. Con esta expresión, Lacan nos invita a pensar en el deseo del “sujeto Freud”, puesto en juego en el origen del dispositivo, de manera fundante, y por tanto, inevitable. Y en este mismo seminario, el 11, el psicoanalista francés abordará la “presencia del analista” desde la vertiente del objeto *a*.

De esta manera, nos resulta posible plantear que el objeto voz pueda ser una de las formas de la presencia del analista. A partir de allí, nos preguntamos por su recorrido, sus avatares y su destino en la experiencia analítica. Dos interrogantes guiarán nuestro planteo: ¿qué hace el analista con su presencia en tanto voz? ¿Cómo opera con ello al final del análisis?

1. La voz Freudiana

El escrito “Tratamiento psíquico (tratamiento del alma)” de 1890 es un referente interesante de la posición inicial de Freud. Nos encontramos con afirmaciones técnicas cuanto menos polémicas a la luz de lo que esperaríamos hoy de un psicoanalista. Por ejemplo, el vienes aprecia que la hipnosis satisface las nece-

sidades del médico, permitiéndole presentarse con una autoridad mayor a la que poseyeron en otro momento sacerdotes y curanderos. Así, esta técnica pone en sus manos el gran poder de modificar el estado del enfermo en la vigilia. Entonces, encontramos un dispositivo que se ordena en función de las necesidades del médico, quien se instituye como autoridad para modificar al paciente. Controvertido.

El médico pone al enfermo en estado hipnótico e imparte la sugestión: “usted no está enfermo”, “su brazo se mueve solo, usted no puede detenerlo”. La palabra ensalmadora expresa una idea que produce la influencia corporal. La voz y la autoridad del hipnotizador, y su relación con la palabra, son características que no pueden desconocerse ni descuidarse a la hora de analizar los efectos clínicos producidos en esta primera época.

Luego Freud destaca el rasgo más significativo de esta técnica: la conducta del hipnotizado hacia su hipnotizador: extrañado del mundo externo, permanece atento y sólo responde a lo que le dice el médico. Este fenómeno, llamado *rapport*, es comparable con el adormecimiento que se produce en el hijo amamantado por su madre.

Está claro que a poco de andar Freud se tropieza con los obstáculos de esta técnica y, escucha de la histeria mediante, produce un giro hacia el método catártico. Las indicaciones técnicas se modificarán, ya no hablará de autoridad ni de adormecimiento del paciente. Sin embargo, alguna que otra vez reconocerá el intento de “influir” sobre sus pacientes. Como en aquella entrevista que le hace Kardiner, sobre el final de su carrera, en la que el antropólogo -y ex paciente- le pregunta qué opinión tiene de sí mismo como analista, a lo que Freud responde -entre otras cosas- que suele ser mucho el “padre”, que se impacienta y que quiere extender su influencia en los pacientes (OLASO, 2016). Nada menos.

Y si bien suscribimos a tales modificaciones de la técnica, aún más a partir de la relectura Lacaniana, estos tres elementos destacados aquí nos interrogan en la actualidad. ¿Es cierto que el dispositivo analítico se halla completamente depurado de la autoridad del analista? ¿No nos encontramos con analizantes obedientes a su palabra? Una interpretación superyoica, ¿no es acaso una voz?

2. Presencia y objeto voz

El seminario 11 será una de las boyas fundamentales para abordar el desarrollo Lacaniano sobre el deseo del analista, y su presencia en el dispositivo analítico. Analizando la transferencia, expresará -crítica alusiva a S. Nacht mediante- que la presencia del analista es una manifestación del inconsciente y que, como tal, debe incluirse en dicho concepto. Es decir que, en la serie psíquica que despliega la transferencia, “ya habría lugar” para el analista, quien quedará ubicado en ese sitio estructural. La interpretación del analista se hace eco de un trabajo que ya realiza el propio inconsciente: interpretar, ligar, producir textos. Por lo tanto, el Otro del analizante está presente cada vez que el

inconsciente se abre, punto de empalme con la interpretación. Sin embargo, tal conexión, que será necesaria para el comienzo de un trabajo analítico, arrojará un conflicto. Ya que, paradójicamente, Lacan comenta que “la transferencia es el medio por el cual se interrumpe la comunicación del inconsciente, por el que el inconsciente se vuelve a cerrar. Lejos de ser el momento de la transmisión de poderes al inconsciente, la transferencia es al contrario su cierre” (Lacan, 1964, p 136). Es entonces un campo -el Freudiano, el del inconsciente- que, por su propia índole, se pierde, dirá Lacan. Y la presencia del analista es irreductible, por ser testigo de esa pérdida (Lacan, 1964, p 133). Evocamos aquí la célebre afirmación del escrito “La dirección de la cura...”: “no hay otra resistencia al análisis que la del propio analista” (Lacan, 1958, p 575). Más allá de leer en ella la importancia de la abstinencia para el analista, ¿no podemos pensar que la resistencia es, de alguna manera, un lugar estructural para el analista? En la medida en que soporta la transferencia, también, e inexorablemente, participa del cierre del inconsciente.

Esta vertiente de la transferencia -la “cara real” podría decirse- se presentará en torno al objeto *a*. El analista -vía su deseo- ocupa el lugar de objeto *a* del analizante, separado del Ideal. En este sentido Lacan afirma que “El analista debe abandonar esa idealización para servir de soporte al objeto *a* separador, en la medida en que su deseo le permite, mediante una hipnosis a la inversa, encarnar al hipnotizado (Lacan, 1964, p 281). Despejado el Ideal que corresponde al amor transferencial, el analizante tendrá que vérselas con lo que le es propio: su lugar de objeto, encarnado por el analista. Curiosa referencia hace Lacan a la hipnosis, la retomaremos más adelante.

Respecto de las formas del objeto *a*, la voz es introducida por Lacan en el seminario 10, como una necesidad clínica de agregarla -junto con la mirada- a la serie Freudiana. Es planteada como algo distinto de la fonemización. Se vale de la experiencia del *Shofar* para distinguir a la voz en tanto objeto, de la emisión del lenguaje. La voz es, por tanto, potencialmente separable. El objeto vocal resuena en el vacío del Otro; a su vez implica incorporarla como alteridad de lo que se dice. De esta manera, expresa Lacan, modela nuestro vacío. Aún más, la voz modela el lugar de la angustia “sólo después de que el deseo del Otro ha adquirido forma de mandamiento” (Lacan, 1962-63, p 299), anudando allí voz, culpa y angustia.

El analista entonces puede adquirir la forma del objeto *a* voz. Acaso sea una de las formas de su presencia en la cura. Presencia que es ordenadora del dispositivo, ya que precisamos de la transferencia para saber de la pulsión, y de cierto despliegue de la demanda, que irá constituyendo la clase de objeto que es el analizante. Será ese el objeto transferido al analista, velado por el amor de transferencia. En el punto en que caen los velos y dicho objeto se hace presente, inquieta: transferencia de angustia. Por tanto, la presencia también funciona como un límite. Lacan lo dice “... este fin que designo como la captura del propio analista en la oquedad del *a* constituye precisamente lo

ininterpretable. Para decirlo todo, lo ininterpretable en el análisis es la presencia del analista” (Lacan, 1968-69, p 317) Necesaria como inabordable. Controversias de la presencia.

¿Bajo qué aspectos puede presentarse la voz en un análisis? En principio, Lacan la enlaza a la demanda, en tanto “pueden ver que lo que se pide con los significantes, el seno por ejemplo, se enlaza con este otro elemento *a*, la voz” (Lacan, 1968-69, p 288). Por tanto, desde el inicio de un análisis -si justamente aquél comienza a partir de la demanda- podríamos afirmar que hay voz. Incluso se podría decir que en la queja, cualquiera sea, el sujeto “se hace oír”. Y nos encontramos con otra paradoja del dispositivo: la invitación a hablar, “diga todo lo que se le ocurra” también puede ser, en el “hacerse oír” por el analista, una invitación a gozar. Lacan mencionará este juego de palabras entre *jouis* (goza) y *j’ouïs* (oigo) (Lacan, 1960).

Asimismo, la propuesta al inicio de un análisis hecha por el analista: “hable”, “lo escucho” -que por supuesto hasta podría ser solo un ademán- implica interrogarnos sobre la demanda. ¿Quién demanda ahí? De hecho, cabría como pregunta al inicio de cada sesión. ¿Sería posible instalar el dispositivo analítico sin al menos una demanda del analista?

Como planteábamos más arriba, el lugar de objeto transferido al analista es particular de cada sujeto y de cada transferencia. ¿Cómo operamos, en tanto analistas, cuando el objeto voz está en juego? Podemos valernos del artilugio del diván para mitigar algo de la mirada, pero ¿y con la voz? Los oídos no son oclusivos como los ojos que pueden cerrarse. No se puede dejar de escuchar. Parece ser un delicado desafío para el analista, que se vale de la palabra para intervenir, incluso de la voz. En casos en los que no solo se trate de no querer hablar, sino de no querer escuchar, o querer no escuchar ¿se podría intervenir de otra manera que no sea vía la palabra?

Audire, palabra latina de la que descienden el “oír”, “escuchar” castellanos, forma parte de la etimología de la palabra “obedecer” (prefijo *ob* y verbo *audire*). La etimología explica que se entiende la acción de escuchar con respecto a aquello que se recibe como mandato u orden, para proceder con conciencia y responsabilidad (Corominas, 1987). De escuchar a obedecer hay pocos pasos. Lacan hace una mención al respecto del masoquista: “Lo esencial de la cosa es que el masoquista haga de la voz del Otro, por sí solo, eso que va a garantizar respondiendo como un perro (...) hay algo en la voz que está más precisado topológicamente, porque en ningún lugar el sujeto está más interesado en el Otro que por este objeto *a*” (Lacan, 1968-69, p 234-35). Nos preguntamos si en la instalación de la transferencia no puede pensarse algún aspecto estructural del “responder” por parte del analizado a este Otro instaurado en el lugar del sujeto supuesto saber. El asunto es cómo responde -o no- el analista desde allí. Lacan articulará dicha cuestión con la función del superyó, y agregará que “cierto masoquismo moral solo puede fundarse en este extremo de la incidencia de la voz del Otro, no en la oreja del sujeto, sino en el nivel del Otro, que

él instaura como completado por la voz”. Si el masoquismo le permitió a Lacan plantear el lugar estructural del sujeto en tanto objeto, ¿podríamos plantear una “obediencia” estructural al Otro de la transferencia, completado por la voz?

Tomando los mandamientos de la enseñanza de los tres monos sabios “*callarse, no ver nada, no escuchar nada*” Lacan hace una particular analogía con la posición del analista. “Del *callarse* se aísla la voz, nudo de lo que, del decir, hace palabra” (Lacan, 1968-68, p 318). Como una suerte de advertencia, Lacan pareciera señalar lo difícil de las tres operaciones; un *callarse*, en el caso que nos ocupa, que no es la mudez del analista, desde ya. Así como el *no escuchar nada* de las dos demandas -mirada y voz- en las que se deslizó el deseo, no significa desatención o cinismo, sino abstinencia en la transferencia.

La paradoja de la presencia del analista, en tanto soporte y cierre, nos lleva a considerar otro problema, el de la liquidación de la transferencia. Ese objeto que encarna el analista “hipnotizado”, mediante su deseo, está destinado a caer. Así afirma Lacan que “Si sostenemos que el análisis consistió en la ruptura con la hipnosis, tal vez se deba a una razón muy sorprendente de considerar, y es que en el análisis, al menos en la manera en que se detiene, el analista es el hipnotizado. Al final el analista termina por volverse la mirada y la voz de su paciente, lo cual es muy diferente de lo que se presenta, ilusión del pensamiento, como un recurso a la clínica. Tal vez no sería desprenderse de la clínica cuidar que no se produzca esta mutación” (Lacan, 1968-69, p 253). Podemos leer la diferencia entre la posición de “hipnotizado”, que permite operar desde ahí, que quedar efectivamente “mutado”, detenido, seducido, sugestionado por el discurso del analizante. Volverse la voz del paciente quizás implique, paradójicamente, que el analista no pueda *decir*. Ya que el decir no es la voz, sino un acto (Lacan, 1974-75).

Cabe preguntarse entonces ¿qué hace el analista con eso? ¿De qué manera el analista encarna el objeto, sin llegar a quedar “mutado” en aquel? ¿Cuál es el límite? O también, ¿cómo operar con la “obediencia”, para poder ser destituido?

3. *Deser del analista*

En el Seminario 15, respecto del fin de análisis Lacan va a situar dos elementos: el objeto *a*, como resto, y el -phi, como la inscripción de la castración. En la experiencia del análisis, el analista será, en un comienzo, soporte del sujeto supuesto al saber. Sin embargo, el analista sabe que está destinado al *deser*. Así, poniéndose en el lugar del analista, y siendo soporte de la transferencia, llegará a ser, finalmente, bajo la forma de ese objeto *a*, ese objeto arrojado. En tanto, el sujeto se separará decisivamente de dicho objeto, reconociéndose como causado por el mismo. Causado en su división de sujeto, en tanto que al fin del análisis quedará marcado por esa hiancia que es la suya y que en el psicoanálisis se definió con el término “castración”. El sujeto solo se realiza en tanto que falta, y respecto de ello, la experiencia subjetiva desemboca en la castración. Se llega

entonces en el final del análisis, por la vía de la transferencia, a la disyunción entre el objeto *a* y el ϕ .

El camino del análisis, incitación de saber, deberá conducir a la verdad. Al término de dicha operación se evacúa el objeto *a*, “por cuanto este representa el hiato de esta verdad rechazada” (Lacan, 1968-69, p 315). Verdad que será, para el sujeto, desde entonces incurable. Cae el objeto, cae el analista “al volverse él mismo la ficción rechazada, el analista cae” (Lacan, 1968-69, p 315).

Esta caída del analista es sin duda particular, ya que de ella adviene un saber: “El analista, si él se hace cargo del desecho que he dicho (...) debe haber cernido la causa de su horror, del, el suyo, separado del de todos, horror de saber. Desde entonces, él sabrá ser un desecho” (Lacan, 1973, p 329). Y respecto de este saber, nuevamente una paradoja, ya que “los psicoanalistas son los sabios de un saber acerca del cual no pueden conversar” (Lacan, 1967, p 379).

Es clara la insistencia de Lacan respecto de la caída del analista. Es interesante también la idea de un saber que adviene en esa caída, en ese desecho. Un saber que finalmente se perderá. El objeto *a* se evacúa, y si el analista pudo encarnarlo durante un análisis, entonces cae también. Ahora bien, pareciera que no “va de suyo” caer de ese lugar. En tanto el analista quede “mutado”, se vuelva por caso la voz del analizante, o quede ubicado como Otro completado por la voz, al que se responde con obediencia, dicha caída quedaría cuanto menos cuestionada. En pocas palabras ¿cuánto soporta caer el analista?

4. Conclusiones

Dos interrogantes iniciales guiaron el recorrido, sin embargo fueron surgiendo muchos más. Pensamos que “soportar la caída” es un problema del fin de análisis, para un analista. A ubicarse respecto de cualquiera de las formas del objeto. En nuestro planteo, el hablar, el callar, el silencio, la mudez, la obediencia son variantes de la presencia de la voz y también, elementos sustanciales de un análisis. Por ello suponemos que la voz, por su enlace particular con nuestro medio que es la palabra, pueda presentar algún obstáculo más sutil. Es el problema que nos interesa dejar planteado.

BIBLIOGRAFÍA

- Freud, S. (1890). “Tratamiento psíquico (tratamiento del alma)”. En *Freud, S. (1986), Obras Completas, Tomo I* (pp. 111-132). Buenos Aires, Amorrortu Ed.
- Lacan, J. (1960). “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo”. En *Lacan, J. (2002) Escritos, Tomo 2* (pp. 773-807). Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- Lacan, J. (1962-63). *El Seminario, libro 10 “La angustia”*. Buenos Aires, Paidós, 2006.
- Lacan, J. (1964). *El Seminario, libro 11 “Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis”*. Buenos Aires, Paidós, 1987.
- Lacan, J. (1967). “Del psicoanálisis en sus relaciones con la realidad”, en *Otros Escritos*. Bs As, Paidós, 2012
- Lacan, J. (1967-68). *El Seminario, libro 15 “El acto psicoanalítico”*. Inédito.
- Lacan, J. (1968-69). *El Seminario, libro 16 “De un Otro al otro”*. Buenos Aires, Paidós, 2013.
- Lacan, J. (1973). “Nota italiana”, en *Otros Escritos*. Bs As, Paidós, 2012.
- Lacan, J. (1974-75). “*El Seminario, libro 22 “R.S.I.”*”. Inédito.